



SUMARIO

Ingenio del Amor Hermoso (fotografía).—Ante el mes verdadero Origen del mes del Sagrado Corazón, por X.—María nuestra Madre, por Fr. Eliseo del Ssmo., O. C. D.—El Ave María (poesía), por Juan de Dios Peza.—¡Madre de Dios! (poesía), por A. Earalt.—La Virgen de Belén (fotografía).—Inocencia y amor.—Contra el cine inmoral. La carta del Cardenal Pacelli.—En torno de una conferencia del Padre Laburu. Vengan zarpazos como este, por Elías Omos.—La oración de la tarde y el laicismo, por Alfonso M. Gubianas, O. S. B.—A la Virgen (poesía), por Jacinto Verdguer.—La formación de la juventud para la Acción Católica, por Eme de E.—¿Teatro nacional?, por Víctor Espinós.—Lises Azules, por Clemencio Palacios.—Estampa campesina. El olor del capote, por Antonio Reyes Huertas.—La coronación de la Virgen (poesía), por Antonio Alcalá Venceslada.—De la acción católica en el mundo. Substancia Eucarística, por J. Polo Benito.—En el Tibidabo (poesía), por Narciso Díaz Escobar.—Una oración ante el Pilar bendito (poesía), por Pascual Navarro y Pérez.—Documento importante, por V. Feliz.—Nuestros jóvenes obreros, por J. Borja.—Bibliografía



AÑO XIII                      NÚMERO 141

Córdoba y Mayo de 1935

Imprenta «El Defensor» Ambrosio de Morales, 6



## ¡Madres!..

Puede tomarse en todo tiempo.

Pídase en frasco de origen.

No se vende a granel.

La palidez y la inapetencia, son señales de **anemia**. Al notar esos síntomas en vuestros hijos, dadles el activo reconstituyente: **Jarabe**

## HIPOFOSFITOS SALUD

Tiene la garantía de estar aprobado por la Academia de Medicina para estimular el apetito, regenerar el organismo y devolver las energías.

### LAXANTE SALUD

es el más suave y eficaz contra estreñimiento. Grageas en cajitas. Pídase en farmacias.

## Obras del Padre Alberto Risco, S. J.

	Pesetas		Pesetas
Paso a Paso (novela) . . . . .	2	La Escuadra 'del Almirante Cervera (historia amena) . . . . .	4'50
Mariela (novela). . . . .	5	Amor de madre (poesías) . . . . .	2
Emigración (novela). . . . .	2'50	P. Pascual Cervera y Topete (biografía) . . . . .	18
Los que triunfan (novela). . . . .	5	P. Juan de la Cruz Granero (biografía) . . . . .	4
Los Rebeldes (novela). . . . .	2	P. Francisco de P. Tarín (biografía) . . . . .	6
Mil hombres (historia amena). . . . .	5'50	Historia de la Literatura (compendio) . . . . .	3
Flores silvestres (novela). . . . .	5		
Tristes y alegres (cuentos) . . . . .	2		
Los dos amores (cuento) . . . . .	0'75		
Cinco visitas (cuento) . . . . .	0'50		
Juan de la Tierra (historia amena) . . . . .	4		

De venta, en la Redacción del periódico «Razón y Fe», Plaza de Santo Domingo, 14, Madrid.

# Revista Mariana

PUBLICACIÓN MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Dedicada a fomentar la devoción á la Santísima Virgen

AÑO XIII

CÓRDOBA Y MAYO DE 1935

Núm 141



## Imagen del Amor Hermoso

que se venera en la iglesia del Hospicio, antiguo convento de la Merced, a quien las Hermanas y acogidas dedican el mes de Mayo

Para el mes venidero

## Origen del mes del Sagrado Corazón

Corría el mes de mayo de mil ochocientos treinta y cuatro y una jovencita, después de la sagrada comunión, al dar gracias al Señor, se preguntaba: Y ¿por qué no hay un mes al Sagrado Corazón, como hay un mes de María? Fué aquel pensamiento de Dios que así, como a la entrada de Jesús en Jerusalén, los pequeñuelos proclamaban los triunfos del Hijo de Jesús en Jerusalén, los pequeñuelos proclamaban los triunfos del Hijo de David, de manera semejante al presente iluminó la mente de esta niña para que fuera el instrumento de sus planes divinos. El hecho pasó en la ciudad de Orseaux de la siguiente manera:

Se educaba una jovencita llamada Angeles de Santa Cruz en un Pensionado dirigido por Religiosas; su carácter era fogoso, vehemente, difícil para seguir la disciplina y orden escolar, por lo cual su comportamiento exterior no llenaba las exigencias de las Superiores que, jamás la dieron distintivo propio de las Hijas de María, su anhelo constante. ¿Qué haré para alcanzar de la Santísima Virgen esta gracia y me admitan en la Congregación?—Así se expresaba abriendo su corazón a una de sus Superiores, con quien tenía completa confianza.—Habladme, Madre, que yo dispuesta estoy a cumplir a maravilla cuanto me digáis; durante este mes yo ejecutaré fidelísimamente todas vuestras indicaciones para obtener la entrada en la Congregación y poderme llamar Hija de María.—Entiendo—replicó la Madre—que medio eficaz para agradar al Corazón de María, es honrar y venerar el Corazón de Jesús.

¿Le haces todos los días algún obsequio particular?—Sí, por cierto—respondió con viveza la joven.—Hace ya mucho tiempo que no he dejado transcurrir ni un día sin hacer el Acto de consagración que tenemos en el Devocionario. Juzgo que a Ella debo todo el amor que siento en mí hacia este divino Corazón, y el deseo de que los demás le conozcan y amen. Durante este mes solamente he suplicado esta merced a la Santísima Virgen, ser fervorosa amante del Sagrado Corazón. Esta misma mañana al dar gracias, después de la comunión, me preguntaba: ¿Por qué así como celebramos el mes de María, y consagramos un mes a la Reina de los Cielos no consagramos igualmente un mes al Sagrado Corazón? A lo que la Reverenda Madre contestó:—Ningún inconveniente hay, según entiendo; no hay libro, pero se podrá suplir; lo pondremos al Pensionado, indicando los motivos para hacer atractiva esta devoción.

Para hacer esta devoción en público era necesario la autorización del Prelado; el tiempo apremiaba, porque Angeles deseaba que este mismo año de 1834, acabado el mes de mayo se diera comienzo al mes del Sagrado Corazón. A la joven se dió el permiso para que agenciara los correspondientes permisos del Ilustrísimo señor Arzobispo Quelen, que tenía que llegar de París el día 20 de mayo.

Llegó el día esperado; su Ilustrísima celebró la Santa Misa en la capilla de las Hijas de María; conversó con toda la comunidad durante aquella mañana, mientras Angeles esperaba ocasión para llenar su cometido; animada con una señal de la Superiora, se adelanta, preséntase al señor Arzobispo y le expone su petición; escúchala amorosamente el Prelado, el cual, no solamente aprueba la idea, sino que la alaba y se la hace propia; dale el permiso y añade estas señaladísimas palabras;—

Haremos el mes del Sagrado Corazón por la conversión de los pecadores y la salvación de Francia. Este mes constará de treinta y tres días, en memoria de los años de Cristo....

Estas palabras avivaron más y más el fervor de Angeles y del pensionado, que se dispuso a celebrar humildemente esta nueva práctica, cuyos ejercicios quiso ordenar el mismo señor Arzobispo Quelen. Las lecturas cotidianas para los primeros ejercicios fueron escritos por la Madre Jerónima, Superiora del mismo Monasterio.

Con esta sencillez dió comienzo el mes del Sagrado Corazón, devoción extendida por todo el mundo, fuente de bendiciones para las almas, incentivo de extraordinarias virtudes.

Habiendo tomado el Rvdmo. Arzobispo de París esta devoción como práctica propia y tan acomodada al bien de las almas y honra del divino Redentor, fácilmente se comprende la rapidez con que se difundió por Francia, y pasando las fronteras recorrió todo el mundo, de manera que el librito fué traducido a muchas lenguas y se multiplicaron sus ediciones.

Lo que los Prelados habían aprobado y bendecido para sus propias diócesis, fué solemnemente sancionado el 8 de Mayo de 1873 por la Santidad del Papa de la Inmaculada, Pío IX, el cual en un Breve que emanó de la Congregación de Indulgencias, bendecía la santa costumbre de consagrar enteramente el mes de junio al dulcísimo Corazón de Jesús con ejercicios diarios...

Los demás Soberanos Pontífices que le han sucedido no solamente han emulado las generosidades de Pío IX, más aún las han superado, concediendo nuevas gracias a esta devoción.

X

---

## LEA V. "EL DEFENSOR"

## María nuestra Madre

—=—

Cuando uno considera la posición de María en relación a Dios y a la humanidad descubre cuán maravilloso es el designio del Padre celestial en darnos a una criatura que posee en sí las cualidades y perfecciones más extraordinarias, que la constituyen en ideal sublime, modelo perfecto, y al mismo tiempo auxiliar constante y generoso para todos los que a Ella acuden, y aun para todos los seres vivientes, dado el amor que hacia ellos siente por razón de su oficio y dignidad de Madre de Cristo y Madre de todos los Cristianos.

Parece como que en la mente de Dios se dibujó un plan sapientísimo que pudiera realizar satisfactoriamente su deseo de atraer el corazón humano y atarlo así tan fuertemente que nada pudiera ya de nuevo arrebatárselo. Una primera y transcendental caída, una terrible y fatal traición separó al hombre del Criador. Pero en los infinitos tesoros de amor y misericordia que se encierran en el seno divino quedaba un recurso providencial, sin que deseemos significar con esta expresión que este agotara las posibilidades de otros muchos; pero, en fin, este fué el escogido en la realidad, para renovar y regenerar a la humanidad entera, y ofrecerle de nuevo un medio soberano para ser completa y eternamente feliz en el amor y servicio de su Hacedor.

Dos son los personajes principales de esta empresa divina, y se llaman Jesús y María. Aquí se nos abre extensísimo campo, aun cuando solo pretendamos abarcar unos pocos rasgos, en el que se definan las posiciones y actividades de cada uno de estos personajes en cumplimiento de las amorosas disposiciones de Dios con respecto a nosotros, y de entenderlas bien dependerá que voluntariamente

nos pongamos al alcance de su influencia, permitamos a nuestro corazón abrazar sus beneficios, y dejar franco paso a su acción salvadora.

He dicho antes que, por la infinita misericordia de Dios, el hombre prevaricador obtuvo un nuevo plan de elevación y regeneración. No quiso el Criador que su obra maestra fuese destruida, y para rehacerla mandó a su propio Hijo, dándole el encargo de ser el Jefe de la humanidad nueva, de reconquistar lo que el hombre primero inconsciente o maliciosamente había perdido para sí y para todos sus descendientes. El lazo que une a Jesucristo con los hombres es María, es su Madre. Pero una vez que El tomó la naturaleza humana, que recibió su existencia como Hombre de su Madre, no quedó esta a un lado, como si ya hubiera dado de sí todo lo que le correspondía, sino que siguió su obra, y la extendió a todos y cada uno de los hombres, y si Jesús es el Padre de la nueva generación, de la generación renovada y reconquistada para el cielo, María es la Madre espiritual de esta misma generación; y si la eficacia del triunfo de Cristo es infinita y se extiende a todos los seres humanos, la de María corre paralelamente con su Hijo divino.

Para entender más claramente lo que esta Maternidad espiritual de María para con nosotros representa, debemos recordar que nuestra vida natural y la espiritual se desarrollan al mismo tiempo, que la una y la otra tienen el mismo sujeto, que ni una de las actividades de la vida física deja de tener su correlativo y contrapartida en la vida del espíritu. Por ejemplo, así como necesitamos del sustento del Pan celestial descendido del cielo para fortalecer nuestra vida espiritual, ambos son, o debieran ser, diariamente tomados para conservarnos vigorosos y activos. Llevando este paralelo al hecho de la existencia de una madre

terrena, a la que debemos el ser, que amorosa y vigilantemente cuida de nuestro bienestar en los días mortales, que derrama en nuestro viaje por el mundo los tesoros de su amor, las caricias de su ternura, así necesitamos también una Madre espiritual, celestial, y esta Madre nuestra verdadera es María; la misma Madre que Dios escogiera para su Hijo, que se hizo Hijo de María por amor nuestro; esa es también la Madre de todos los vivientes.

Vamos a probar esta Maternidad comparando los oficios de la madre de la tierra con nuestra Madre del cielo.

A la madre de acá abajo debemos nuestra vida en el mundo. A la Madre del cielo en el orden sobrenatural, le debemos la vida del alma. Esta vida, la vida de la gracia, depende exclusivamente de Aquel que es la VIDA, de quien viene toda la vida. «La vida que se hizo patente, y os evangelizamos esta vida eterna, la cual estaba en el Padre y se dejó ver de nosotros». (I S. Juan 1, 2).

Cuando con amor, ardiendo en su corazón, se hallaba de pie junto a la Cruz, una vez más dió la vida al hombre dando su consentimiento a la Pasión y Muerte de su Hijo divino; porque la vida de nuestra alma se debe directa y realmente al hecho no sólo de la Encarnación, sino también de la Redención, y en cada uno de estos hechos tomó parte activa María.

En segundo lugar, como dice San Agustín, «María es la única criatura que haciendo la voluntad de Dios es la Madre de Cristo corporalmente; pero espiritualmente ella es Hermana y Madre nuestra, y esa mujer es la única que, no solo espiritual, sino físicamente, es Madre y Virgen. Es verdad que ella no es Madre espiritualmente del que es Cabeza nuestra, sino más bien, Ella ha nacido espiritualmente de El, porque ha creído en El, y forma parte de los que son lla-

mados «hijos del Esposo». Pero con todo derecho y realidad es Madre espiritual de los miembros de nuestra Cabeza—esto es, de nosotros—porque su caridad cooperó en dar el ser en la Iglesia a los fieles que son miembros de tal cabeza; mientras que corporalmente es la Madre de la Cabeza misma».

Con estas palabras el gran Doctor de la Iglesia nos recuerda la enseñanza proclamada por el Nuevo Testamento de que por el Bautismo somos incorporados a Cristo, siendo una misma cosa con El. El es la cabeza, nosotros los miembros de su Cuerpo místico que es la Iglesia.

Los teólogos enseñan que cuando N. D. Salvador pronunció aquellas Siete Palabras desde lo alto de la Cruz, se refería no solo a la necesidad presente, sino que hablaba en su carácter oficial de Redentor del mundo. El deseaba que estas palabras fueran transcritas en los Evangelios, y de este modo se proveyera a las necesidades que debieran sugerir en el transcurso de los tiempos. Cuando rogó por sus verdugos, y por ellos pidió en primer lugar, entonces oró por todos aquellos que le crucificarían de nuevo por cualquier grave pecado que cometieran voluntariamente, y de nuevo le expondrían a los sufrimientos y vergüenza del suplicio. Cuando perdonó al ladrón penitente, declaró su disposición a perdonar a todos aquellos que en cualquier tiempo, como el Buen Ladrón, confesaran sus pecados y le reconocieran como su Señor, y buscaran la misericordia de su Sacratísimo Corazón. Oró por todos los pecadores cuando suplicó por los presentes; declaró su prontitud para perdonar a todos los penitentes, cuando perdonó a uno; de la misma manera debemos decir que cuando se dirigió a uno de los discípulos, diciéndole: «Hé ahí a tu Madre», habló a todos. «Habiendo mirado, pues, Jesús a su

Madre, y al discípulo que le amaba, el cual estaba allí, dice a su Madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Después dice al discípulo: Ahí tienes a tu Madre. Y desde aquel punto la tuvo consigo en su casa.» (S. Juan, XIX, 26, 27).

Otra prueba, la más clara, y de mayor fuerza de la Maternidad espiritual de María, la encontramos en la realidad de nuestra filiación adoptiva respecto a Dios.

Podemos decir que el Criador es el Padre de todas las criaturas racionales e irracionales, ya que a El le deben el ser; pero entonces usamos la palabra «Padre» en un sentido lato. En otro sentido, más elevado, hablamos de El como Padre de las criaturas racionales. Pero aquí en esto no nos acercamos al significado que tiene este nombre en relación a los cristianos, cuando se considera a estos como hermanos de Cristo.

Cuando San Juan escribe: «A todos los que le recibieron, que son los que creen en su nombre, dióles poder de llegar a ser hijos de Dios. Los cuales no nacen de la sangre, ni de la voluntad de la carne, sino que nacen de Dios.» (S. Juan, 1, 12, 13).

Con estas palabras se refiere a una Paternidad, a un nacimiento, a una filiación, diferentes de las que tienen relación con la naturaleza. Aquellos que eran ya hijos de Dios como obra de sus manos, como imágenes y representación suya, siendo criaturas racionales, recibieron un «poder» nuevo para que llegaran a ser sus hijos en virtud de una filiación nueva, un nuevo nacimiento. Nacidos al mundo, «de la sangre y de la voluntad del hombre», debían nacer de nuevo por el agua y el Espíritu Santo, por virtud del mismo Espíritu de Dios. Un nacimiento, y una filiación consecuente, más allá de los dones de naturaleza, debían concedérseles a los que ya habían nacido y recibido, por lo tanto, una filiación que no sobrepuja los lími-

tes de lo que concierne a la vida pasajera actual. Los dones de la gracia debían concederse como algo adicional a los dones ya poseídos en el orden de la naturaleza. Se insiste enfáticamente en esta verdad en la Escritura: «Mirad qué amor hacia nosotros ha tenido el Padre queriendo que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos». (I S. Juan, III, 1). El mismo Salvador enseña a los discípulos a orar diciendo: «Padre Nuestro», y no se avergüenza de llamarnos sus hermanos. Si El así nos llama, lo somos en realidad; luego si somos sus hermanos, entonces debemos de ser hijos de Dios por adopción. Por ello, el don que se nos concede cuando recibimos la nueva vida en el misterio del Bautismo, es hacernos hermanos del Hijo de Dios, y su Padre es nuestro Padre. Pero si su Padre es nuestro Padre, su Madre es también nuestra Madre.

Dios, por lo tanto, nos ha dado su Madre para que sea nuestra Madre y cuide de nosotros con amor de madre tierna y verdadera. Esta es la realidad, no ficción poética. La Maternidad de María tiene su raíz en la tierra, pero su promesa, su fruto es para la eternidad.

Mucho pudiéramos decir de la extensión de esta Maternidad a lo espiritual y aun a lo temporal, y de cómo cumple María su oficio de Madre. Pero sabiendo lo que María es, sus perfecciones, su santidad, su amor, esto nos basta para comprender lo que es y lo que desea hacer por nosotros como Madre nuestra.

Como consecuencia debemos sacar y profesar el más profundo agradecimiento, la devoción y el amor más constante y fervoroso, la consagración a Ella, la petición de que nos haga fieles a sus inspiraciones, aquí, como medio de estar unidos a Ella y acompañarla en la felicidad eterna.

FR. ELISEO DEL SSMO., O. C. D.

## El Ave María

—=—

¡Dios te salve María!  
 luz de las almas, faro de la mía;  
 lirio del cielo, mística azucena,  
 de hermosura bondad y gracia llena;  
 Madre del potentado y del mendigo;  
 Virgen, Reina, el Señor está contigo;  
 tú, sola tú, por tus purezas eres  
 bendecida entre todas las mujeres,  
 y es de tus altos dones en tributo  
 santo y bendito de tu vientre el fruto.

¡Luz de las almas, faro de la mía!  
 ¡Dios te salve María!  
 Santa Madre de Dios, el que a tí llega  
 halla amparo y perdón, ruega, sí, ruega,  
 por nosotros los tristes pecadores,  
 libértanos del mal y los errores,  
 danos la fé consoladora y fuerte  
 ahora y en la hora de la triste muerte,  
 ¡oh luz eterna del eterno día!  
 ¡santa Madre de Dios Santa María!

JUAN DE DIOS PEZA.

## ¡Madre de Dios!

—=—

Dios quiso que su Madre hermosa fuera  
 Y como el casto lirio de los valles  
 Aromosa y blanquísima creciera;

Dios sólo hay uno poderoso y santo,  
 Ella, una sola de perfecto encanto.

La gracia toda, la mayor belleza  
 A su Madre ofreció y así María:  
 Sin par en su hermosura y su pureza.

Madre de Dios bendita: en este día  
 A Ti se eleve humilde mi poesía,  
 Deja mi pobre canto dedicarte  
 Reina y Madre de amor, yo quiero darte,  
 Ese nombre de ¡Madre! ¡Qué consuelo  
 Saber que estás oyéndome en el cielo!

A. BARALT,



Santísima Virgen de Belén

En la iglesia del convento de Santa Cruz se venera esta hermosa escultura de la Santísima Virgen.

Este fotograbado se repite por haberse equivocado en el número anterior, poniéndole el pie que hoy lleva la portada.

## Inocencia y amor

Erase un jardín donde tenían cita las más galanas flores. Entrelazadas unas con otras, vivían como hermanas. Unas eran violadas como la lila, la violeta y el heliotropo, otras encarnadas y encendidas como las rosas y hortensias, otras amarillentas como los narcisos y las primaveras en figuras de parasol, blancas las más como el jazmín, el lirio y la azucena, azules las menos como los acianos, de va-

riadísimos colores casi todas, siendo las principales el tulipán, la dalia, el clavel, el geranio, el jacinto, las begonias, los alhelíes, las campanillas, los botoncitos y las margaritas. Colocadas unas en macetas de refinado gusto artístico, recostadas otras a la orilla del lago; dormidas unas al pie de una balaustrada, sumergidas otras en el surtidor del parque; entrelazadas unas al tronco de las acacias, suspendidas otras en las primorosas ramas de las palmeras.

Completaba esta hermosura una bellísima fuente que en hebras de plata, salpicando bulliciosas las corolas de las florecillas más cercanas y cayendo a millares de gotitas diminutas del musgo de la cascada, serpenteaba entre las flores, sirviendo de espejo a las que arreglaban su tocado cerquista del agua.

Era tan delicioso y lindo aquel pensil, que parecía encantado.

Una jovencita de quince mayos de vestido de nieve, «de mejillas rosadas y diáfanas, de frente alabastrina, de ojos azules y serenos, de cabello con reflejos de ámbar, de cuerpo esbelto y flexible, de frescura juvenil» (1), era la reina de aquella floresta, hurí de aquel delicioso edén, que cuidaba con solicitud sin igual de aquellas lindas flores, las colocaba en jarrones, en tiestos y en floreros; las acariciaba con sus manecitas de nácar, las enderezaba con listoncitos de ébano, las juntaba, en fin, una a una, formando graciosos ramos, que colocaba después al pie de la Santísima Virgen del Carmen, cuya hermosa imagen del alabastro más rico, se destacaba en el fondo de aquel jardín, sobre la cascada del parque, presidiendo tanta belleza, entre toldos de ramaje, entre guirnaldas de mirto y de yedra, entre ramos de heliotropo y entre perfumes de vainilla y de jazmín.

Bien se echará de ver cuánto amaba y quería aquellas flores de la jar-

dinera. ¡Vaya si las quería y amaba, que las flores

sin amor no vivirían! (2).

Aunque todas eran hermosas y galanas, de delicados perfumes, de grata esencia, de fragantes olores, de variados matices; aunque todas, sin excepción, se dejaban coger por aquellas manecitas bellas y robar de sus nidos, y cortar de sus ramitas, y despojar de sus pétalos; aunque todas se resignaban a vivir olvidadas en algún vaso de cristal alejandrino o a morir en el blanco seno de las ninfas lejos de su hogar querido,

del lugar de sus ensueños,  
del lugar de sus amores (3),

no todas, sin embargo, eran igualmente preferidas por aquella linda jardinera que mostraba predilección especial por la azucena y por la rosa, la una por blancura de armiño, al igual de su vestido que parecía un ampo de nieve, a la otra por su encendido color que parecía ardiente llama, imagen del vivo carmín de sus mejillas.

A estas dos flores, colocadas a la ribera de la fuente, les tenía un cariño especial. ¡Y bien lo conocían ellas! que si la nieve sabía deshacerse en el agua en las manos de aquella reina, la de fuego sabía encender en llamas sus deditos primorosos. Claro...¿quién coje la nieve sin mojarse?, ¿quién el fuego sin quemarse?...

Los celos y la envidia bien pronto anidaron en aquel pensil, y la azucena tuvo celos de la rosa, la rosa de la azucena.

Era natural, bien mirado, que así sucediese. Desde la mañanita a la noche la jardinera las cuidaba con esmero, los céfiros las mimaban con sus besos de amor, el rocío les enviaba perlas, las avecillas las recreaban con sus trinos y gorjeo, el arroyuelo las acariciaba con su frescura y hasta el astro del día les enviaba luces y colores... ¿Qué había, pues, de extraño

que la envidia vertiera un día sobre sus corolas una copa de amarga hiel?

La brisa, al deslizarse juguetona por entre aquellas flores, oyó una vez cómo celosas entre sí reñían.

—¿No ves, oh bella rosa!, qué hermosa estoy con este hampo de nieve bordado de perlas que guardo puro desde el día de mi creación...?; En verdad que soy la reina de las flores!...

—La reina de las flores soy yo, blanca azucena, pues mi corola dorada y mis hojas de fuego son la diadema y manto real que como insignia de mi poder me dió el Criador...

—¿No puso en mí estambres de oro como cetro de reina...?

—¿Y no soy yo la más hermosa de las flores con mi corona rosácea, con mi corola encendida imagen y figura de los albores de la alborada, del coral de los mares, de los labios de la hermosura, de los celajes del crepúsculo, del color del mismo sol...?

—¿Qué flor hay más bella y galana que la azucena, enriquecida con armiño, emblema de mi soberanía, blanca y fina como las perlas de Oriente, sencilla y hermosa como la albura de la nieve, elegante y juguetona como la espuma de la mar...?

—A mí tanto me quieren... que las avecitas vienen a libar la miel de mi corola...

—A mí tanto me aman... que las mariposas vienen a besar mi seno de nieve...

—Al ver mis hojas de fuego, entusiasmado trina el ruiseñor sus cantares más melodiosos...

—Pues, para ver las mías de nieve, bajan en coro los ángeles del Edén...

—El rocío me da colores, perlas, rubíes...

—A mí la juguetona brisa me columpia con sus céfiros...

—Todo lo enciendo con mi ardor...

—Todo lo purifico con mi blancura...

—Yo soy emblema de amor angelical...

—Yo soy emblema de angelical pureza...

Así reñían la rosa y la azucena, cuando de entre las verdes acacias de aquel pensil salió la jardinera de vestido de nieve y de mejillas de carmín.

—¿Cuál será la más hermosa...?— dice con dulce voz, con voz muy queda.

Avergonzadas las dos flores bajan la vista y en el reflejo del agua contempla la rosa la blancura de la azucena y la azucena el encendido color de la rosa, y una y otra se dirigen envidiosas y furtivas miradas de celo pensando cada una ser la preferida.

Sin respirar las demás flores y conteniéndose el aliento, esperan impacientes aquellos momentos eternos, unas, las encendidas, pensando en la rosa; otras, las blancas, pensando en la azucena.

Y se acerca la jardinera y a las dos mira, las sonríe juntamente, alarga sus deditos de nácar, las flores vacilan y a un tiempo una y otra cautivas quedan, formando en su mano un primoroso ramillete.

—No quiero riñas entre mis flores— dijo—y menos entre vosotras, flores queridas, imágenes una de pureza, otra de amor. Si tú eres hermosa, blanca azucena, también lo eres tú, encendida rosa. En castigo las dos moriréis juntas a los pies de la Virgen.

Así diciendo y pisando la blanca alfombra de verdura del jardín se encamina a ofrecer aquellas flores a la Virgen María, que tenía su altarcito en el fondo del parque entre toldos de ramaje, entre guirnaldas de mirto y entre perfumes de jazmín.

Y era uno de los días del mes de mayo, que es el mes de las flores. En aquel pensil los árboles llenos de hojas cantaban himnos, las enramadas llenas de misterios trababan amores y

las flores, llenas de perfumes, lanzaban suspiros.

Sonriente estaba la Virgen, reina de mayo, con el aroma de tantas flores, entre belleza tanta y entre el murmullo del ramaje.

—Aquí te traigo dos hermosas flores, amada Virgen, las dos reñían disputándose la supremacía, la belleza y el imperio de los prados, jardines y florestas. Una es la azucena, otra la rosa.

Bien hayan estas dos flores: son las más bellas que hay en la tierra y no quiero que tengan entre sí rencillas, porque las dos forman el dulce encanto de mi vida; la encendida pregonando mi amor inmenso a los hombres, la blanca y pura siendo imagen de mi pureza inmaculada...

Y diz que desde entonces en el mes de las flores, que es el mes de mayo, que es el mes de la Virgen María, los niños y las niñas, hechizos de pureza y amor, ofrecen a esta Señora rosas y azucenas; rosas de encendido amor, azucenas de inmaculada blancura...

(1) E. Sienkiewicz.—«Quo vadis».

(2) L. Carbonero y Sol.—«Cánticos».

(3) J. C. F.—«Dos corazones y un alma», p. 12.)

## Contra el cine inmoral

### La carta del Cardenal Pacelli

—=—

De la carta dirigida por S.E. el Cardenal Pacelli a Monseñor Brohée, reproducimos lo siguiente:

«Con vivísimo interés ha leído el Santo Padre el importante informe que le ha enviado, detallando las actividades desarrolladas y los felices resultados de sus diligentes trabajos, en el meritísimo Oficio Católico Internacional del Cinematógrafo.

«Su Santidad desea subrayar la urgencia de este apostolado, que debe unir hoy a todos los hombres de bien,

Invitándoles a coordinar sus esfuerzos, sus energías y sus actividades para utilizar como elemento moral educador del pueblo este poderoso medio moderno para la difusión de las ideas...

«Deben, pues, los católicos todos considerar como un deber de conciencia el ocuparse de esta cuestión, cada día más importante. El cine resulta hoy uno de los más eficaces medios de difusión, más aún, si se quiere, que la Prensa, ya que es un hecho cierto que algunos films han llegado a ser vistos por varios millones de espectadores.

Es, pues, en consecuencia, altamente laudable, que los católicos organizados se ocupen constantemente del cinema en sus Juntas y sesiones de Acción Católica, así como en sus círculos de estudios. Es también imprescindible que la Prensa católica vigile constantemente sus críticas cinematográficas, alabando en ellas claramente los buenos y reprobando resueltamente los malos.

«Su Santidad alaba el trabajo que el O. C. I. C. viene realizando hasta aquí, y el programa de acción que en lo sucesivo se propone llevar a la práctica con ritmo acelerado...

«El Santo Padre desea ardientemente que una obra tan benéfica y necesaria como la O. C. I. C., encuentre una perfecta y cordial acogida, y una entera comprensión entre todos los católicos de las diferentes naciones, y muy especialmente, como antes se dice, por la Acción Católica de todos los países, a la que incumbe más especialmente el suscitar, coordinar y orientar estos esfuerzos.

Y como prenda de más abundantes Divinos favores, por los felices resultados de una obra que de manera tan evidente tiende a la gloria de Dios y al bien de las almas, el Santo Padre le envía, para usted mismo y para todos sus cooperadores en tan hermoso apostolado, la Bendición Apostólica que implora...»

## En torno de una conferencia del Padre Laburu

### Vengan zarpazos como este

Nos extraña el silencio de la prensa izquierdista con motivo de las conferencias del Padre Laburu. Ciertamente, celebrábamos tan inusitada prudencia, más, nuestra admiración por tal cordura no ha sido duradera, porque al tercer día de haber hablado en Valencia el Padre Laburu aparecía en un periódico izquierdista de la capital el esperado zarpazo.

El articulista, conforme acostumbra los escritores de tal calaña, sienta como base de su razonamiento una hipótesis que pugna con la experiencia, y, por tanto, con la realidad.

Combate el método educativo propugnado por el Padre Laburu, y, al efecto, supone que el hombre nace perfecto, y, que la sociedad es nada. La trasnochada doctrina de Rousseau, derivado ineludible del Humanismo, del filosofismo y del Racionalismo enciclopédicos, causa de la confusión reinante en los ordenes moral, social y político de nuestros días, errores que radican en la negación del pecado original.

«El niño, dice el articulista, cuando nace, nace puro, imáculo (!!), virginal de toda culpa y de toda imperfección. El ambiente que le circunda, lleno de imperfecciones y de concupiscencias, marchitan, hollan y ajan la albur y virginal alma del niño».

Aunque bastante mal expresado, niega el pecado de origen, y, por tanto, nuestra natural y vehemente inclinación al desorden, inclinación que debe rectificarse mediante esmerada y constante educación, desde que el niño va adquiriendo, aunque rudimentariamente, conciencia de sus actos.

De esa inclinación al mal, efecto del pecado, a menos que se afirme

que el hombre es naturalmente malo, se han percatado los padres y educadores, menos avisados, quien fácilmente observaron en el niño sus nativas tendencias egoistas, de rencor y de venganza, cuando se le molesta o se le contraría, tendencias inexplicables, si tan puro y tan perfecto vino al mundo, puesto que dichas inclinaciones se observan antes de que la sociedad, ni los padres, ni los educadores hayan podido mancillar con su influencia maléfica, el alma infantil.

No es para dicho el estrago que produciría la autoeducación, preconizada por el articulista, porque el niño, educándose asimismo, tendría que defender y fomentar esas inclinaciones, que estimaría buenas y aun óptimas, desde el momento que los custodios de su autoeducación deberían respetarlas y éstimarlas, como amantes de un ser puro, inmaculado y virginal de toda culpa.

Imaginad un pueblo, una sociedad en que todos los individuos hayan acrecentado sus inclinaciones nativas de egoísmo, de venganza, de envidia, de rencor y de odio, y, decid honradamente, si en tal pueblo o sociedad concebida la convivencia humana, base de toda nación, a menos que cada ciudadano sea vigilado y defendido por un agente de la Autoridad.

De lo que sería una nación, con tal linaje de ciudadanos, danos ejemplo Rusia, en la que los niños educados, con menos libertad de la que supone la autoeducación preconizada por el articulista, pero con orientación rabiosamente laica, se han dado tanto a la criminalidad, que las autoridades soviéticas han tenido que adoptar medidas extraordinarias contra la delincuencia infantil, según afirma «Pravda», órgano de los Soviets.

¿Son tales resultados los que persigue el articulista contradictor del Padre Laburu?

Si tal pretende, dígalos sin ambages,

afirmando que aspira a una sociedad de bárbaros, donde la fuerza sea reguladora de las relaciones individuales y se pierda toda idea de civilización.

No es lamentable que tales periodistas escriban tamañas dislates, sino que los periódicos donde se insertan conserven todavía lectores, aunque escasos; tanta es la ofensa que a estos se infiere.

Artículos como el comentado afianzan la doctrina que combaten. Vengan zarpazos como éste.

ELÍAS OLMOS.

---

## La oración de la tarde y el laicismo

---

El piadosísimo y esclarecido liturgista Cardenal Bona, comenta las palabras de los discípulos de Emaús con toda la efusión de su alma, expresando los sentimientos que deben animarnos en este momento del día. «Ya la estrella vespertina, dice, anuncia las tinieblas de la de la noche, la tristeza se apodera de nosotros, los temores se agolpan a nuestro corazón y nuestra conciencia manchada, se estremece pensando en el juicio: «Quédate, Señor, con nosotros», ya que sin tu auxilio nada podemos, y nada somos. Tú eres nuestro consuelo y refugio, nuestro valor y fortaleza frente al enemigo. Mira que la noche de la perfidia nos envuelve, y no se vé en parte alguna la luz de la verdad; prevalecen los crímenes, la caridad se apaga. A Ti volvemos los ojos para no perecer. «Quédate con nosotros», para que las tinieblas no nos sorprendan, dejándonos a oscuras en este triste valle de lágrimas. Se acerca el fin de nuestra vida, la tarde se nos echa encima; protégenos contra el poder de las tinieblas. Permaneciendo a nuestro lado,

desvanecerás nuestros temores nos rodearás de la luz de la gracia, y no tendremos que temer ni aún en medio de las sombras de la muerte. ¡Qué bueno es permanecer contigo, oh dulcísimo Jesús!; «quédate»; no te apartes de nosotros; muéstranos tu rostro y seremos salvos. Cada vez se extienden más las sombras de la noche; brille de nuevo tu luz sobre nosotros, alumbrando nuestras almas con fe más viva y encendiendo nuestro corazón con más abrasado amor; «quédate con nosotros» ahora que llega a su tarde nuestra vida; cuando venga la noche de la muerte, nos sacarás de la prisión de este mundo y nos conducirás al palacio de tu eterna morada. Allí no habrá ya ni tinieblas, ni tristeza, sino luz perenne, gozo verdadero, alegría sin fin. Allí contaremos lo que nos pasó en el camino, y como te reconocimos al partir el pan. Allí estaremos sentados a tu mesa, en los tabernáculos de la Jerusalén celeste, gozando una paz infinita y disfrutando de un descanso inalterable».

Y aún no se contenta con todo ello la sagrada liturgia. Quiere que todos los días, sin excepción alguna, termine el oficio de Vísperas con un himno el más sublime y elocuente que han proferido los labios humanos, quiere que unamos nuestra voz nuestros sentidos y nuestros afectos, con la voz, los sentimientos y los afectos expresados por la Reina de los cielos y Madre de Dios la Virgen Santísima con el cántico del «Magnificat». Este es el cántico entonado por la criatura más grande, más perfecta, más hermosa que saliera de las manos del Omnipotente. Y todo este cántico es la condenación más explícita, más solemne, más aplastadora del laicismo. Este cántico que han repetido miles y millones de almas, este cántico que cada día es repetido en todas las partes del mundo, proclama y reconoce y confiesa a la faz de todos los siglos, la

existencia de Dios, su grandeza, su poder, sus bondades y sus misericordias, y sobre todo le reconoce como fuente de todo bien, de toda santidad, de toda virtud y de todas las gracias que han recibido y recibirán los hombres todos en el curso de todas las generaciones.

El «Magnificat» podríamos decir que es el himno de la eternidad proclamadora de los derechos de Dios con respecto a sus criaturas. Cada vez que se repite sobre la tierra, el laicismo debe estremecerse, ya que profiere su condenación. Por esto él quisiera que la voz de la Iglesia, la voz de la liturgia quedase anulada por el estruendo ensordecedor, por el murmullo de aquellos que para acallar las voces de su conciencia, los remordimientos causados por los desórdenes de su vida, quisieran que no hubiese un Dios justo, un Dios santo, que ha de dar a cada uno lo que ha merecido por sus acciones.

Cuando más se esfuerce el laicismo para proclamarse el salvador del mundo, como si fuese él la única solución de los males que sufren los hombres y los pueblos, tanto más cantemos nosotros con más fervor, con más devoción, con más entusiasmo el «Magnificat» como el cántico que ha de iluminar y conducir a los mortales a la eterna posesión y fruición de la bondad infinita de nuestro Dios.

ALFONSO M.<sup>a</sup> GUBIANAS, O. S. B.

---

Lea V.

todas las noches

“El Defensor de Córdoba”

## A la Virgen

— — —

Tenía un caliz y un arpa  
que el cielo me había dado:  
de una cruz se hizo el arpa,  
que me dió el Crucificado;  
el cáliz era de plata,  
de plata y sobredorado.  
Yo no soñaba más gloria,  
no quería más regalo.  
Llegaron días de pena,  
del cáliz me ví privado.  
Al verme yo sin el cáliz,  
al arpa quedé abrazado,  
gemidora compañera  
de mis días más aciagos.  
Un día de gran tristeza  
subí hasta el Monserrat alto  
y me postré a vuestras plantas,  
¡oh Reina del Principado!,  
a cantaros la oración  
de mis más hermosos cantos.  
Como mi canto os gustara,  
bajasteis del altar santo,  
y con vuestras manos dulces  
dísteisme el cáliz amado,  
mi cáliz de plata fina,  
de plata y sobredorado.

Me lo quitaron los hombres,  
la Virgen me lo ha tornado:  
¡bendita sea la Virgen  
de Montserrat, a quien canto!

JACINTO VERDAGUER.

---

## La formación de la juventud para la Acción Católica

— — —

Dice el Papa Pío XI en una carta a su Eminencia el Cardenal Hlond, Prímado de Polonia, «que el Santo Padre no puede sino estar muy contento, sentirse muy feliz, a la vista de los fervorosos y numerosos grupos de jóvenes que surgen de entre el pueblo fiel, mientras que las clases del paganismo moderno lo asaltan y lo invaden

por todas partes y parecen prepararle un muy triste porvenir. Los jóvenes tienen la sinceridad de la fe y el atrevimiento generoso en la acción, y su deseo se orienta siempre hacia la prosecución de ideales grandes y nobles...»

¿Cuál será pues la tarea principal de nuestras juventudes? Persona de la autoridad del canónigo Mr. Ourle, que es Secretario General de la Acción Católica en Francia, nos da la respuesta sin la menor vacilación: «La tarea, la misión principal de las organizaciones de juventudes habrá de ser pues un trabajo de formación». Y agrega estas palabras que debieran de grabar muy dentro del alma los y las jóvenes que aspiran ante todo en actuar, en desarrollar obras, en hacer muchas cosas, olvidando a veces lo principal... «Desconocer esta característica indispensable es exponer el porvenir de la Acción Católica a dolorosos fracasos...»

Se ha dicho, y con cuanta razón, que muchas de las obras sociales y de beneficencia y de cultura, de todos los sectores, que se crearon hace años, no dieron el fruto apetecido, no tuvieron el desarrollo que se esperaba, porque los que dirigían carecían de preparación, de formación... Pues bien, en aquellas hubo una excusa, sobre todo en un principio, y es que no había los medios que hoy abundan para prepararse y formarse de modo adecuado. Hoy sería inexcusable al lanzarse a dirigir y organizar obras sin haberse primero puesto en condiciones para ello. Y por eso es muy lógico y muy natural que como dice M. Courle y con él tantas autoridades en la materia, la misión principal de las organizaciones de las juventudes es la formación.

En este punto de formación nos va a permitir el lector que a modo de digresión, sin ánimo de pasar de una sencilla broma, desearíamos que en-

trase en ella algo más de... ¿cómo diremos? de... consideración hacia las que ya no pertenecen a la juventud hace tiempo; pero precisamente por eso mismo tienen en su haber unos cuantos años de trabajo, realizado al menos con buena voluntad y un caudal de experiencia que no poseen, como es lógico, los y las que acaban de salir a escena, sin que hayan de pasar además por dificultades, frialdades e incomprensiones por las que pasaron aquellos y aquellas que labraron en el campo del apostolado sin que en ese campo hubiera casi más que piedras y abrojos, ni encontraron como ahora tantos instrumentos para labrar y cultivar.

EME DE E.

## ¿Teatro nacional?

Acaso están ustedes hartos de leer que es preciso crear el Teatro Nacional.

Cosa magnífica, en verdad. Su buena Junta, su buen Patronato, sus reuniones de capitostes, su coruscante Reglamento, puede que sus buenas dietas; desde luego un comité de lectura, con el que—según dicen—se ahorrará el Calvario—que ahora se pasa la vida tropezando a diestro y siniestro con los consagrados—al autor novel... que tenga amigos en el Comité ahorra-calvarios, o pueda esgrimir cualquier servicio de caciquería pueblerina prestado por su padre o padrino al ministro o el Director de Bellas Artes de turno...

Teatro Nacional... Pero ¿es que los Teatros nacionales los hacen florecer las Juntas, aunque éstas se constituyan de modo que, en efecto, formen de ella parte uno o dos dramaturgos de veras?

Declaramos no tener la menor fe en los actuales propósitos, pese a la bue-

nísima que nos complacemos en reconocer, en los promotores, animadores, etc., del plan. Nos basta contemplar el pasado. Ni uno de esos empeños llegó a cuajar jamás. Conferencias, artículos de periódico, crónicas altisonantes, prólogos de libros, hasta dedicación de unos cuantos millones al noble afán... ¿Se puede hacer más que lo que intentó Berriatúa—al dictado de otros, claro—para lograr el Teatro Lírico Español? Quiso demostrar el movimiento: edificó un coliseo espléndido, convocó a los libretistas y a los músicos, los que había, los mejores... Se estrenaron algunas óperas... Y se vino abajo todo el difícil, complejo, artilugio... Hasta ardió el teatro mismo, una madrugada, de la vergüenza de haber tenido que albergar *cine*, cuando había sido planeado y construido para sede, para dorada jaula del imposible pájaro de la Opera Española. Fué aquella una prueba decisiva contra el estímulo, porque es difícil, repetimos, hacer más.

Mucho después ha habido una famosa Junta Nacional de la Música y de Teatros Líricos. Se gratificará a quien la encuentre por ahí...

Y ahora vamos otra vez a buscar el Teatro Nacional. De pronto sale en los periódicos la noticia de que el Teatro de la Princesa va a remozarse, y será el campo de experiencia del nuevo envite. Opera, Drama, Comedia, Opereta, no sé si Sainete y quizá Guñol... ¡De todo!... El plan está completo. Patronato, comité de lectura, Estado, empresario... ¡De todo, repetimos!... Y, enseguida, el Estado, de quien dependen los que anuncian tales primores, rectifica por boca del Ministro de Instrucción Pública... Que sí, que no, que hay que hacer algo; pero que el Estado-Empresa, de ningún modo. Que, si acaso, se copiará el régimen—¡y lo llaman régimen!—del Municipio de Madrid respecto del Teatro Español. Precisamente cuando el

Ayuntamiento se apresta a declarar que *eso* iba muy mal, y que hay que cambiarlo. A la hora misma en que esto se escribe el Concejo se ocupa del nombramiento del Patronato encargado de darle la vuelta a *eso*...

Y, sin embargo, es cierto. El teatro sufre de una crisis, en virtud de la cual se puede asegurar que, como no sea en crisis, no hay teatro nacional; pero no es crisis de taquilla. Es crisis de escenario. ¿La prueba? Que en cuanto en el escenario hay obra, en la sala hay gente, y no una vez, ni dos, sino cien o doscientas veces.

Pero una obra no es, ni puede ser el Teatro Nacional, como no es todo el verano una golondrina. Las compañías van y vienen, se pasan la existencia en probaturas, que no se hinchan pese a todo el gas periodístico madrileño, que les permite llegar a provincias, donde, como el lector habrá podido observar, se desinflan ante un auditorio que, después de tantas decepciones, se aferra al cine, que no suele dar paso al teatro sino un par de veces por semana... Teatro Nacional...

¿Y el remedio estará en las consabidas Juntas, solemnemente infatuadas con leyes en la «Gaceta»? ¿De ahí va a salir el Teatro Nacional?

Pero, entonces, ¿cuál es el papel de los dramaturgos? ¿Es que eso de «Un adulterio decente», que se ha estrenado, será la simiente del Teatro Nacional? ¿O estará en «Yo soy un sinvergüenza», no menos elogiado e hinchado por el ante nombrado gas crítico de buen componer?

Piensa uno con espanto en la dificultad horrenda con que tuvieron que luchar Calderón, Tirso, Moreto, Lope y Alarcón para hacer pasar por obras maestras sus modestas comedias, no teniendo a su disposición un Patronato, una Ley en la «Gaceta», un comité técnico, una Sociedad de Autores, en fin, a cuerpo limpio, como suele de-

cirse, sin Fontanals, ni Burmans, ni Bartolozzis, ni luminotecnias, y con el auditorio situado incómodamente tras de las rejas o en pie cabe los bancos sin pintar de un patio de vecindad...

Y, a todo esto, sujetos a una censura, que podía acabar en las inquisiciones dolorosas del Santo Oficio...

¿Y era o no era aquel teatro Teatro Nacional?

Por eso digo...

VÍCTOR ESPINÓS.

---

## Lises Azules

---

La alondra se eleva a las alturas con delicia.

Golpea su corazón contra el eter para los conciertos sublimes.

Vuela, vuela...

Y, sobre el cerro de romeros y brezos, derrama íntima complacencia...

El contorno queda acotado sublimemente por el transparente cantar...

¿No oís, ahora, cómo canta a su Creador la alondra esbelta de vuestra alma?...

Madre, debieras matar a tus hijos, antes que regalarlos a la hidra del Laicismo.

El Laicismo es un odio vergonzante e impúdico hacia la Religión Católica.

¡El laicismo es sinónimo de impiedad ladina!...

Y, para que tus hijos no se extravíen en la selva de los vicios, tú tienes el deber inalienable de amamantarlos en el conocimiento de Dios.

¡Cumple prácticamente esta obligación cristiana!...

El vado negruzco de la Muerte debemos atravesarlo sin emoción, ni temerosidad alguna.

Tranquilos y anhelosos de otra Vida. La estela que dejen nuestras pisadas en el cristal inmóvil será una lucécita de Consuelo para los que llegan detrás.

Vamos hacia la Gran Fiesta que los Angeles celebrarán a nuestra llegada.

Alegraos de haber amado en la Tierra la Santidad!...

La calumnia y la mentira... Son los granos menuditos de la piña del odio.

Esta piña fatídica arraiga abundantemente en las hoyadas de la ambición.

¡Allí destaca su tronco plegadizo y amarillo!...

CREMENCIO PALACIOS.

### Estampa campesina

## El olor del capote

Hasta el aire se dijera que estaba empañado de una especie de cendal rojizo. Porque había llovido y todas las tierras que contemplábamos desde el tren rezumaban jugos de arcilla y se habían hecho barro colorado.

Un señor entró, sacudiendo todavía en el pasillo su capote de paño, donde traía prendido un olor de lluvia campestre. Un olor inconfundible de agua del raso, como amasado con esencias de matas silvestres, de tierras caladas y de leña de encina. O era el olor de estas encinas que la lluvia había resblandecido empapando sus muérdagos y sus hongos y que al correr del tren entraban por las ventanillas una ráfaga de montanera y de invierno. El señor nos dió las buenas tardes y luego maldijo de yo no sé que clase de complicaciones que le había traído este tiempo y las circunstancias sociales de estos tiempos.

No dejaba en tanto de mirar las encinas. Unas encinas bordes y quietas que abrían sus copas como clamando al cielo desvalidas de la intemperie.

El señor no dejaba de repetir de vez en cuando: —Sí, no pueden espe-

rar más. Es una operación que están pidiendo a voces.

\* \* \*

Luego nos enteramos que era el dueño de aquel encinar que íbamos atravesando acurrucados en los rincones del vagón.

De pronto nos preguntó:

—¿Ustedes saben cuanto vale el dedo de un talador que tenga la desgracia de sufrir un accidente de esos del trabajo?

Nadie supo qué contestar porque nadie sabía a qué pudiera referirse. Más tarde explicó que aludía a las indemnizaciones que tenía que pagar como propietario a un trabajador inutilizado total o parcialmente por un accidente.

Esto me trajo a la imaginación el cuadro que yo tantas veces había presenciado. Me transportaba a aquellas escenas del atalo que tan honda huella dejaron en mis recuerdos de niño. El cuadro del encinar con una lumbre viva que iba dejando el corte. En los árboles unos hombres esgrimían unos instrumentos terribles. Sonaba un golpeteo de madera hendida y luego el crujir de ramas que se abrían con ese ruido de fibras astilladas. De vez en cuando venían los taladores a encender sus cigarros a la lumbre y yo me fijaba en aquellas manos llenas de costurones, sangrando o despellejadas por los arañazos de las puas resacas u de las lancetas de las taramas. Una vez se acercó a la lumbre a grandes saltos de renco el tío Pericón. Era un talador ya maduro y experto, jefe de la cuadrilla de cortadores. Traía el pie izquierdo chorreando sangre, abierta en el duro zapatón de cuero una recia cortadura. Se había «atarrizado», como él decía, el pie con un falso golpe de hacha.

Un dedo, nada más que un dedo, le curaron los médicos en el pueblo. Pero la herida se emponzoñó y le cortaron más tarde el pie. Y luego, a los

pocos días, le separaron la pierna por la rodilla. Y a la semana siguiente lo que restaba de aquel miembro gangrenado, como si la vida en un recurso heroico fuera entregando a la muerte, una por una, sus avanzadas y se recluyese en retirada a sus últimas trincheras. Y evocando la estampa del tío Pericón colgándose de sus muletas, paseando luego por las calles del pueblo como un trofeo del trabajo el cuerpo arruinado, yo repuse a aquel señor:

—Un dedo puede valer para un hombre más que la vida entera. Y si le oyera a usted un desgraciado que yo conozco, le diría que un dedo, un solo dedo, ha significado para él la pena de ir pidiendo de puerta en puerta a la caridad ajena el pedazo de pan que se come.

Conté el caso y entonces aquel señor no volvió a despegar los labios en todo el viaje.

\*\*

Habíamos, sin embargo, de asociar nuevas ideas a la conversación porque luego, en una de las estaciones del trayecto, entró una señora enlutada. Iba a arreglar a la ciudad un asunto que en medio de su desgracia era la única satisfacción. En una construcción que tenía habían perdido la vida por un accidente dos obreros. Pero había muerto también en el mismo siniestro su marido. Y hablaba como de su salvación del seguro de accidentes que tenía hecho y de la conducta generosa que en vista de las circunstancias había tenido el Instituto Nacional de Previsión.

—Imagínense ustedes si no. Arruinada de otro modo encima, pues no hubiera tenido bastante para constituir las pensiones de indemnización. Porque yo me hago cargo por mi misma desgracia, de la ajena. ¿Es justo que los hijos de esos dos pobres hombres que han muerto no tengan su indemnización.

Nadie más habló, porque la señora

enlutada con tan pocas palabras expresó mucho más de lo que nadie pudiera decir.

\*\*

Y yo ahora, después de lo que oyéramos ambos, me dirijo idealmente a usted, buen señor. Parece que a usted no le ha agradado mucho eso de los seguros sociales para accidentes de trabajo. ¿Por qué? Si usted es realmente bueno, generoso y pacífico, ¿por qué no preveer cristianamente las consecuencias del infortunio ajeno? Yo le deseo a usted paz. Desearía que en esos encinares tan hermosos, que usted llama legítimamente suyos, cantase siempre un himno al bienestar y la prosperidad el alma de los campos con un sentido de égloga y de poesía... Pero acuérdesese de sus taladores. Son pobres, son también hombres y no tienen más que su trabajo. Tienen también alma inteligente, destinos sublimes y aspiraciones fecundas como usted. Si se inutilizan en su trabajo ¿quedará la conciencia de usted tranquila viéndoles pobres, tristes, desvalidos, abandonados, sin la seguridad del pan que conquistarán con su sangre y con su dolor? Se le arbitran a usted medios para llenar socialmente, con un pequeño esfuerzo de usted, un fin de solidaridad humana y de cristiano amor al prójimo. Desde que conocí la desgracia del tío Pericón yo soy un defensor del Seguro de Accidentes del Trabajo. Usted también lo será a poco que medite.

Y a ver si en un nuevo viaje nos encontramos otra vez atravesando sus encinares y le veo a usted entrar por el pasillo del tren envuelto en aquel capote de paño oliendo a esencias silvestres, a aromas campesinos y que se refundan entonces en olor de pan, de satisfacción íntima, de conciencia acallada. Que es lo que se diría el olor de santidad a través del capote trascendería de usted como patrono bueno.

ANTONIO REYES HUERTAS,

## La coronación de la Virgen

Tuvo María la sin par ventura  
de que Dios Hijo, por sublime arcano,  
hallar quisiera para hacerse humano  
en sus entrañas virginal clausura.

Y al asumirla en la gloriosa altura  
el Padre Eterno, de su augusta mano,  
llevándola hasta el trono soberano  
le concedió la regia investidura.

Hizola Dios Emperatriz del Cielo  
para que fuese maternal consuelo  
del fiel cristiano; poderosa egida

que lo defienda invulnerable, fuerte,  
y que, al verlo en el trance de la muerte,  
Ella le dé la verdadera vida.

ANTONIO ALCALÁ VENCESLADA.

---

DE LA ACCIÓN CATÓLICA EN EL MUNDO

## Substancia Eucarística

Se ha publicado recientemente en *El Observatore Romano* un breve y jugoso memorial del movimiento eucarístico en Italia durante el pasado año. Lo redactó y lo suscribe el P. di Lorenzo, versado y experto en este género de estudios religiosos. Subraya primeramente el homenaje de reconocimiento y gratitud celebrado en Roma y en todo el orbe para conmemorar con ocasión de la clausura del Año Santo la fecha gloriosísima de la Institución de la Eucaristía y del Sacerdocio. Enumera luego los 48 Congresos que a lo largo de este periodo lograron fervorosos éxitos en el país italiano. Analiza después lo que ha sido esencial y característico de estas asambleas; el tema de estudio y piedad en torno a la Redención; destaca de modo singular la atracción y conmovida devoción que a la cabecera de todas las demás, como origen y ma-

nantial de todas las aguas vivas, suscita cada día con más vigor en las almas, esta acción eucarística y anuncia por fin, los actos colectivos de alcance nacional, uno, el de Teramo en Septiembre venidero y los regionales que van a sumar por su cuenta más de los veinte.

Los datos que suministra el P. di Lorenzo no son únicamente la estadística descarnada, el valor matemático del número. Tienen desde luego el significado de una piedad creciente, pero implican otra idea más fuerte, la de que sin savia eucarística los frutos del árbol de nuestra acción serán desmedrados y raquíuticos. A más Eucaristía mejor vida católica, que es decir, acción católica en su plenitud.

Este principio doctrinal y táctico de S. S. Pío XI que en tierras de Italia procurase desenvolver y aplicar en su extensión e intensidad prodigiosa, explica por sí sólo por qué razones en determinada parroquia, en aquella región, en el otro país, se vencen los obstáculos que el apostolado encuentra en su camino, con más facilidad y rapidez que en otras parroquias, en otras regiones, en otros países.

El más brioso propósito de restaurar la Sociedad en Cristo, quedará a menos de mitad de camino, mientras los católicos de hoy no sigan las huellas de los primeros discípulos de Cristo.

¿Qué hacían los fieles primitivos? Lo dice el libro de los Hechos de los Apóstoles en una sola línea: «perseveraban juntos en la oración y en la fracción del pan». Que en romance equivale a decir: comulgaban; corazón y cerebro estaban impregnados de Eucaristía y así la acción para ellos era el celo en ejercicio, la práctica del amor eucarístico.

Actividad que no beba en estas fuentes, que no se inspire en estas normas, más que en limpios frutos de

acción, dará al cabo en mezquinos resultados de agencia.

Porque la cuestión no tiene vuelta de hoja. ¿Cuando se vió que sin cimientos de espiritualidad prosperase una construcción social? Era piedra sillar en cuyo desplazamiento y exterminio trabaja a la desesperada el nuevo paganismo, es la supremacía de Cristo con la ley, en la vida individual y familiar. Desplazado Cristo el hombre queda entregado a sus fuerzas, es decir, a su egoísmo. Y ya por indeclinable lógica la división, la desunión campan libremente. Y el odio resultante fatal del egoísmo reclamará su parte. Clases contra clases, naciones contra naciones.

No se logrará suprimir la desarticulación contemporánea, la falta de unidad social, en tanto siga predominante el egoísmo sobre la caridad. En último resultado, las luchas actuales se reducen a la oposición entre estos dos principios. Por esto cuanto más se vuelve a la ídea pagana, más nos alejamos de la caridad.

Pero la comunión, ¿quién lo ignora? impregna, mejor dicho, penetra el alma de amor de caridad. Sucede, escribe un piadoso autor, como el alabastro, que es una sustancia opaca, traslúcida no obstante, en virtud de lo cual se forma transparente e irradia la luz. Así, en el que comulga, se produce un efecto de irradiación divina. Y esta transparencia ilumina de caridad cosas y personas. Los hombres que carezcan de esta luz, deslumbrarán acaso con su inteligencia, pero no calentarán el corazón.

¿De donde vino la eficacia a la acción desarrollada por los primeros cristianos para convertir al mundo a la fe y a la justicia, sino de la comunión? ¿Podrá dudarse de que aquellos hombres robustecidos a diario con el «pan de los fuertes», se hallaban en las mejores condiciones para luchar contra el paganismo de entonces? La prepa-

ración más eficaz para pronunciar con éxito una conferencia, dar un mitin, explicar una lección de carácter social, está en el Tabernáculo.

Se cuenta que cuando el Presidente de Austria, llamó a Dollfus para encargarle del gobierno del país, este contestó, que lo consultaría. Y efectivamente hizo la consulta pasando una noche en vela ante el Sacramento. En Portugal, Oliveira Salazar, afortunado restaurador de la nación, busca también sus inspiraciones en Cristo Sacramentado.

La mayor parte de los fracasos o cuando menos de la escasez de rendimientos de una acción humanamente bien pensada, hay que buscarlos en la ausencia de savia eucarística.

La acción católica es un viaje de ida y vuelta al Tabernáculo. Nada más y nada menos.

J. POLO BENITO

---

## En el Tibidabo

---

Detén el paso, loco caminante,  
no escales más la pretendida altura  
que alas no tienes, misera criatura,  
para poder llegar más adelante.

Aquí la inspiración su obra gigante  
trazó, fundiendo el arte y la natura,  
¡mira a tus pies alfombras de verdura  
y el cielo azul como dosel brillante!

Aquí tan solo la verdad se encierra  
y el alma ajena a efimeros anhelos,  
ya de su propia pequeñez se aterra.

Aquí se piensa en Dios y en sus consuelos  
mirándose tan lejos de la tierra,  
mirándose tan cerca de los cielos.

NARCISO DIAZ ESCOBAR.

Este gran poeta, que ha fallecido hace pocas semanas, nos envió para la publicación este hermoso soneto.

## Una oración ante el Pilar bendito

A ti, Pilar bendito y sacrosanto,  
con humildad y con fervor me llevo  
a suplicarte con piadoso ruego  
me cubras siempre con tu excelso manto.

Tú siempre fuiste mi ideal encanto,  
Orando en tu presencia hallé sosiego.  
Encendiste mi alma en santo fuego  
y de mis ojos alejaste el llanto.

Y pues siempre mis ruegos has oído,  
ot'rgame la gracia que te pido  
con fe sincera y perennal fervor

Es la gracia, «que yo desde hoy comprenda  
la voluntad de Dios, y no le ofenda  
y muera en su servicio y por su amor».

PASCUAL NAVARRO Y PÉREZ.

## Documento importante

El día 11 del mes de enero se firmó en el Vaticano un documento que al llegar a Bélgica ha hecho estremecer de alegría a miles de jóvenes obreros. Ya se ve, a juzgar por la prisa que se han dado en publicarlo en sus diversas publicaciones y en los llamativos titulares con que lo encabezan, el júbilo que les ha causado.

Se trata de una carta que el Cardenal Pacelli, Secretario de Estado de S. S., dirige en nombre del Sumo Pontífice al Consiliario Nacional de las Juventudes Obreras Católicas de Bélgica, el sacerdote Cardyn.

Todos sabemos quien es este Cardyn. El iniciador, el fundador y organizador de la Juventud Obrera Católica (JOC) de Bélgica. Cardyn ha sido uno de los apóstoles modernos que mejor han conocido la psicología de las masas obreras, de esas masas que, según ha dicho el Sumo Pontífice, con gran escándalo se han separado de la Iglesia católica en el siglo XIX.

Y orientando sabiamente, según es-

ta psicología, su incansable apostolado es como ha logrado Cardyn el más insospechado y el más colosal de los éxitos, entre la juventud obrera de su patria. Ni solo ha alcanzado éxitos dentro de los límites de su nación; pues los triunfos rotundos de las Juventudes Obreras Católicas de Francia suyos son también, y lo mismo se diga de El Canadá, de Suiza y aun de Alemania, pues en todas esas naciones los métodos nuevos adoptados por Cardyn se han ido implantando con indiscutible éxito.

La nueva organización ideada por Cardyn, como todas las instituciones nuevas encontró no pocos obstáculos en su camino. La incompreensión de unos, la apatía de otros y otras dificultades fáciles de suponer intentaron hacer fracasar a la JOC. Pero Cardyn era un Jefe que tenía clara visión de su obra, y por ello fe ciega en el éxito. Y el tiempo vino a confirmar, con los hechos, que tenía razón. Hoy la JOC belga de ambos sexos es una organización potente, que avanza consciente de su fuerza entre la admiración y orgullo de los católicos y la admiración y el temor de los adversarios. Precisamente estos días está haciendo una campaña en pro de los parados, con la que ha puesto en conmoción a todas las palancas de la nación; patronos, gran prensa, Gobierno y opinión. Hasta han hecho oír su voz en la Oficina Internacional del Trabajo de Ginebra.

Diez años de vida va a cumplir. Y esa fecha la quieren celebrar con la mayor solemnidad. Acostumbrados a organizar masas ingentes, no dudamos que el día 25 del próximo agosto será un acontecimiento formidable. Esperan ver reunidos a cien mil jóvenes obreros. Ya han comenzado a organizar el ahorro de los francos necesarios para poder sufragar los gastos del viaje. No hay duda; el éxito será colosal.

Con este motivo escribe el Cardenal Pacelli al Consiliario nacional de la JOC, Cardyn, en nombre de Su Santidad. La carta está escrita en tales términos que bien se ve el concepto que de la JOC tiene el Sumo Pontífice. «En muchas ocasiones, dice, ha manifestado el Soberano Pontífice el interés paternal con que sigue los progresos de la Juventud Obrera Católica, ya sea en vuestra Bélgica, ya en las otras naciones por las que este generoso movimiento se ha ido extendiendo. La JOC, en efecto, realiza a sus ojos un tipo acabado de esa Acción Católica, que es uno de los pensamientos básicos de su Pontificado».

Gran elogio de la JOC indudablemente es ser llamado por el mismo Soberano Pontífice «Tipo acabado de la Acción Católica».

Nosotros siempre lo creíamos así también, y por lo que el Sumo Pontífice ya había dicho en otras ocasiones hablando de la JOC, sabíamos que éste era su sentir. Pero nos causa especial alegría el ver tan claramente expresado su pensamiento en esta carta solemne, para que se persuadan de ello algunos que en España no acaban de convergerse de que el tipo de la JOC belga es un tipo genuino de Acción Católica. La JOC realiza a los ojos del Papa un «tipo acabado de Acción Católica».

Y añade el Cardenal: «...demuestra la JOC que ha comprendido perfectamente la consigna formulada por Su Santidad Pío XI en la Encíclica «Quadragesimo Anno»: Los primeros apóstoles de los obreros han de ser los mismos obreros».

No menos expresivas son las siguientes palabras: «Su Santidad participa, pues, de vuestra confianza en que el 25 del próximo agosto, los prodigiosos resultados de un movimiento en el que la Providencia parece haber puesto su sello, resplandecerán a los

ojos de todos. No sólo quedará patente con los hechos la fuerza conquistadora de la JOC, sino que también la Juventud sin cesar renovada de la Iglesia resplandecerá en su deslumbrante hermosura. Se admirará que en el espacio de diez años se haya podido llegar a tan imponentes efectivos; que una fórmula tan apostólica de educación popular haya alcanzado tanta altura y haya llegado tan lejos; que servicios tan sabiamente organizados hayan podido responder a necesidades tan diversas; que una prensa tan poderosa y publicaciones tan variadas hayan podido, en tan breve tiempo, crear una fuerza de propaganda incomparable; y en fin, que una juventud nueva se haya forjado «santamente orgullosa, pura, alegre y conquistadora», esperanza de la Iglesia y de la Patria».

«El Santo Padre se complace desde ahora en bendecir la preparación de un Congreso jubilar que debe abrir una nueva expansión de la JOC en el mundo entero».

Desea por tanto el Sumo Pontífice que la JOC tal como está organizada en Bélgica se propague y se extienda por el mundo entero. ¿Será pues equivocado, será temerario el intentar la JOC de tipo belga en España? En vista de estos deseos del Papa no creemos haya nadie que así piense. Nosotros hacemos votos porque cuanto antes se implante en nuestra querida patria tan necesaria organización en bien de nuestra juventud obrera hoy tan abandonada. Excusado es decir que al querer una JOC de tipo belga no queremos decir que se haya de prescindir de la prudente adaptación a nuestra psicología y a nuestras necesidades peculiares.

Leida esta carta tan autorizada en la materia, creemos que no habrá nadie que, de buena fe, ponga en duda que la JOC de tipo belga pueda encuadrarse dentro de la Acción Católi-

ca, tal como la desea y concibe el Sumo Pontífice, que es la que sin duda debemos concebir y desear todos los católicos. Más aún: podemos estar convencidos de que una Acción Católica que excluyera de sus cuadros, como impropia de ella, a una JOC de tipo belga no sería la Acción Católica tal como la concibe el Soberano Pontífice.

V. FELIZ.

## Nuestros jóvenes obreros

¡Se escapan de nuestras manos los jóvenes que acaban de salir de la niñez!

Es un hecho desconsolador pero innegable! Todo el mundo sabe la proporción enorme de niños que sobre todo, hasta estos tiempos, han pasado por las escuelas católicas y sin embargo estos chicos, cuando han entrado en el taller, cuando sus vidas han tenido que tomar una dirección social, la han dirigido, hacia las Casas del Pueblo, en que tantas cosas oían que repugnaban a su educación religiosa.

Y después de los años que hemos vivido en nuestra patria de conmociones sociales, en que el comunismo y el socialismo han descargado tan rudos golpes al orden, a la existencia misma de España, creo que es necesario que nos pongamos a reflexionar muy seriamente sobre este triste fenómeno y examinemos las causas.

Dos razones creo que existen en esta desbandada de los niños, que hemos formado en nuestras escuelas.

La falta de preparación y el abandono en que los dejamos en los momentos difíciles de su primer contacto con el mundo obrero.

En primer lugar la falta de formación social y de orientación.

No voy a defender que en nuestras escuelas se carguen las inteligencias

de los niños con abstrusas explicaciones de reformas sociales, sindicación, etc..., pero creo que lo que se puede hacer en nuestras escuelas, colegios, talleres, es encaminarlos a juventudes obreras, a patronatos, a las secciones de juventudes de los sindicatos etc... en donde se les formará y se les dirigirá por el buen camino. Indudablemente que la mayor parte de los niños ni reciben tales indicaciones ni se les encamina a tales centros e instituciones. ¡Quizá muchas veces ni sus maestros tienen noticia de ellos! y en el momento en que el aprendiz, el botones, el meritorio, se encuentran en una atmósfera viciada, cargada de peligros para su cuerpo y su alma, no hay una mano amiga que les auxilie, no hay un hogar espiritual que los conforte. Se irán de nosotros. Se los llevará la tempestad de pasiones, de irreflexiones juveniles y quizá ya no vuelvan, o si vuelven habrán gastado sus mejores años, sus entusiasmos fogosos, sus ímpetus arrolladores, al servicio del error y de la revolución.

Los grandes organizadores de la juventud han sido sacerdotes que se tuvieron que ganar la vida en el difícil medio obrero, que palparon las dificultades en que su vida se desarrolla, que sintieron los milagros de la gracia que son necesarios para hacer pasar ese mar tormentoso de la juventud obrera sin naufragar en la fe y en la moral católica. Cardyn en Bélgica y Kolping en Alemania, tuvieron que hacer sus estudios en este medio obrero, lleno de penalidades y dificultades morales y por eso después, una vez investidos del sagrado carácter sacerdotal, decidieron dedicarse a trabajar en las juventudes obreras, como que veían que era la gran necesidad, el punto neurálgico de una sociedad obrera que se apartaba cada día más y más de Dios.

Conocida es en España la gran obra de la JOC belga, obra en gran parte

de Cardyn. No así la obra de Kolping en Alemania. Nació en 1813 en Renania. En los primeros años de su vida tuvo que ganarse el sustento trabajando de zapatero. Después asistió a las clases de uno de los gimnasios de Colonia, las privaciones y trabajo le siguieron durante toda la carrera. En 1842 una vez ordenado de sacerdote se le confía la dirección de «Unión de compañeros», y de aquí fué creciendo y extendiéndose por toda Alemania y aun por el extranjero su gran obra de la «Asociación de compañeros» y las magníficas instituciones de las casas Kolping. En 1865 moría en Colonia. Su gran obra sigue pujante su camino; su memoria vive en el recuerdo agradecido de miles y miles de obreros. En Colonia han levantado una estatua al Padre de los jóvenes obreros, sobre su tumba se inclinan constantemente las banderas de «Las Asociaciones de compañeros», y ya han comenzado los trabajos preparatorios para introducir la causa del apóstol de la juventud obrera.

En otro artículo estudiaremos su obra, que quizá nos orientará en los trabajos que urgentemente hemos de emprender en España con nuestra juventud obrera, si no queremos que como hasta ahora en los primeros años de la juventud nuestros niños se deocarríen y entren por las vías del socialismo y de la revolución.

J. BORJA.

Lea V.

todas las noches

“El Defensor de Córdoba”

## Bibliografía

*Los «Intelectuales» y la Iglesia*, por Rafael García y García, Canónigo Lectoral de Granada, Académico C. de Ciencias Históricas de Toledo.—Ediciones FAX. Plaza de Santo Domingo, 13. Apartado 8001. Madrid. (368 págs. Ptas. 7).

Leído el libro, nos hubiera sido fácil dejarnos llevar de la grata impresión recibida, y trazar una reseña llena de elogios a su novedad, a su utilidad, a su erudición, a su forma, a su estilo lleno de elegancia sincera y cortés.

Mas, ajustándonos a su aire, preferimos relatar su estructura y alcance, o sea, el por qué de los elogios que omitimos. Será imitar en su misma reseña una de las dotes salientes de *Los «intelectuales» y la Iglesia*: la objetividad en el juicio.

La estructura de la obra es sencilla: en los antecedentes, explica el autor con toda claridad su plan; en el cuerpo del libro, lo pone en práctica analizando la labor ideológica de los «intelectuales»; y en la conclusión, brevísimamente, saca la consecuencia, sintetizando el alcance de aquella labor.

Duros ataques se han dirigidos contra la Iglesia fuera de las fronteras de España: en ellos más de una vez se han esgrimido armas nuevas y bien templadas; el campo de lucha se ha extendido a todos los dominios de la crítica y de la historia, además de los nuevos métodos que han aplicado a la especulación filosófica los fríos y potentes pensadores germanos.

Entraron en batalla—como dijo Valera en sus «Estudios críticos»—«armados de todas armas».

Hoy, la parte mejor de sus obras, la han aprovechado los exégetas católicos, dándose el caso singular de que, con frecuencia, los descubrimientos de aquellos viven en las refutaciones de éstos.

Vengamos a los «intelectuales» españoles. Entendemos por «intelectuales»—según las corrientes de la moda—los escritores de ideas o de tendencias izquierdistas.

Ahora bien, ¿cuales son las teorías de esos varones? ¿En qué razones se apoyan? ¿Cuánto han contribuido al esclarecimiento del problema religioso? ¿Hasta dónde llega el mérito, la novedad y el carácter peculiar de sus sistemas? ¿Qué realidad y qué límites tiene su odio a las doctrinas del Catolicismo? «He aquí—dice el autor—expuesto, con toda claridad, nuestro plan.

Hablaremos de los de ayer y de los de hoy. Debemos, pues, declarar, desde el primer momento con la mayor nobleza, que dejamos a un lado todo personalismo y toda pasión, como no sea la de la verdad...

Para nosotros no hay en el orden científico ni precitos ni predestinados.

El hecho histórico, la lectura y el estudio directo de las obras, la cita puntualizada, la crítica impersonal asentada sobre estos pilares graníticos, tal es nuestro sistema, tal nuestro procedimiento...

No buscamos las personas, sino las ideas; máximo respeto a las primeras,

máxima claridad en la exposición de las segundas».

Y siguiendo ese plan, y con esos procedimientos y ese sistema, analiza la labor ideológica de los «intelectuales» de ayer y de hoy, cosa natural por las influencias y relaciones que entre ellos se observan.

Esa labor de análisis forma el cuerpo de la obra, y se extiende a los siguientes: Sanz del Río, Francisco de Paula Canalejas, Pí y Margall, Francisco Giner de los Ríos, Nicolás Salmerón, Emilio Castelar, Juan Valera, Galdós, Núñez de Arce, Joaquín Costa, Gumersindo Azcárate, Angel Ganivet, Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, Fernando de los Ríos, Américo Castro, Gregorio Marañón, José María Salaverria, Azorín, Pío Baroja, Jiménez Asúa, Eugenio D'Ors, Ramiro de Maeztu.

El lector podrá comprobar por sus propios ojos si García de Castro ha sabido guardar en este análisis las prudentes normas que se fijó.

Conclusión: «La escuela intelectualista está condenada a la más espantosa esterilidad teológica.

Sesenta años de escritores inteligentes y de libros eruditos no han producido un solo pensamiento hondo en materia religiosa, ni una sola crítica ponderada y digna contra el Catolicismo».

Libro utilísimo por estar escrito en pos de la verdad.

La verdad no es más que una.

Y las opiniones falsas no resultan verdaderas a fuerza de ser muchos sus seguidores.



## Perfecta elaboración de VELAS PARA EL CULTO

según interpretación auténtica del Rescripto de la Sagrada  
Congregación de Ritos, fecha 4 diciembre 1904.

Fabricadas a base de ceras puras de abejas de Andalucía  
por la antigua y acreditada

# Cerería Pontificia

Andújar (Jaén)

Fundada el año 1840

Marca «**CERA**». Para la Santa Misa y cirio Pascual.—Estas velas contienen un mínimun de 60 por 100 de cera pura de abejas.

Marca «**LITÚRGICA**». Para los demás actos litúrgicos.—Estas velas contienen un mínimun de 30 por 100 de cera pura de abejas.

Marca «**ECONÓMICA**». Para procesiones, funerales, etc., etc.—Estas velas no contienen nada de cera pero tampoco se doblan con el calor.

### INCIENSOS LEGÍTIMOS DE ARABIA

A esta Casa, bendecida por la Santa Sede, le han sido concedidas la Cruz «pro Ecclesia et Pontifice» por S. S. León XIII (12 junio 1901) y el título de «Fornitore Pontificio» por los Sumos Pontífices Pío X (5 abril 1907), Benedicto XV (20 junio 1917) y Pío XI (16 mayo 1922).

Clases garantizadas

Envíos a todas partes

## VINOS PUROS DE VID

### PARA CONSAGRAR

*elaborados conforme a lo resuelto por la  
Congregación del Santo Oficio*

AGUSTÍN SERRANO GONZÁLEZ

*(Propietario-Cosechero)*

MANZANARES (ESPAÑA)

Esta casa no exporta más vinos que los  
elaborados con mostos de sus viñas.

Envíos garantidos a todos los países.

Recomendados por varias Autoridades Eclesiásticas.



## PLUMADAS

Notas de ayer en artículos cortos

POR

DANIEL AGUILERA CAMACHO

Cinco pesetas

Imprenta «El Defensor de Córdoba»



# VELAS LITÚRGICAS

PARA EL CULTO — CALIDADES GARANTIZADAS  
MARCAS REGISTRADAS

MAXIMA: Para las DOS VELAS de la Santa Misa y Cirio Pascual.  
NOTABILI: Para las demás velas del altar.

Fabricadas según interpretación auténtica del Rescripto de la Sagrada Congregación de Ritos, fecha 14 Diciembre 1914.

## **Economía increíble**

usando mis velas especiales con el

## «CAPITEL GAUNA» PATENTADO

El Capitel Gauna patentado evita el goteo de las velas, aun en las corrientes de aire más intensas.

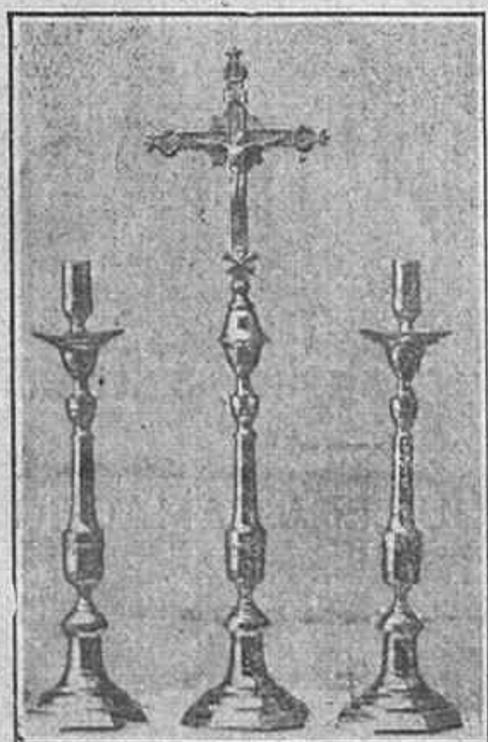
Hagan un pequeño pedido de prueba al fabricante

**Hijo de Quintín Ruiz de Gauna**  
VITORIA (ÁLAVA)

**ENVIOS A ULTRAMAR**

## — FUNDICIÓN DE BRONCE —

y objetos de metal



**Pedro Osuna Bergillos**

C. Arévalo, 3.-Lucena (Córdoba)

**ARTÍCULOS DE IGLESIA**

Esmerada y artística construcción de todas clases